

Xabier Pikaza
José Antunes da Silva (eds.)

El Pacto de las Catacumbas

La misión de
los pobres en la Iglesia

evd

Índice

Presentación	17
1. Contexto	17
2. Texto	20
3. Firmantes	23
Introducción (Heinz Kulüke)	27

Parte I

EL TEXTO DEL PACTO: SENTIDO Y ORIGEN

1. Iglesia de los pobres (Luigi Bettazzi)	35
1. La Iglesia de los pobres en el Concilio: los comienzos	35
2. La Iglesia de los pobres en el Concilio: los desarrollos	41
3. La Iglesia de los pobres en el Concilio: reflexiones ulteriores	43
2. Un pacto bíblico. La Iglesia de los pobres en el Nuevo Testamento (Xabier Pikaza)	51
1. Un pacto bíblico, sin citas de la tradición eclesial ..	52
2. Textos bíblicos del Pacto. Una visión de la pobreza en doce puntos	59
3. Ampliar el abanico. Otros textos sobre la pobreza ..	72
4. Conclusión. Un pacto abierto a la Iglesia universal ..	78
3. Los artífices del Pacto. Origen, evolución y crepúsculo del grupo llamado «Iglesia de los pobres» (Joan Planellas Barnosell)	81
1. Introducción	81

2. La formación del grupo «Iglesia de los pobres» ...	82
3. Primeras andaduras del grupo, con dos miradas diversas al tema de la pobreza	89
4. Un documento dirigido al papa Pablo VI (13-XI-1964).....	96
5. Las actividades de Paul Gauthier en la última etapa conciliar	100
6. La etapa final del Concilio y el Pacto de las Catacumbas	104
4. «Por una Iglesia servidora y pobre». El Pacto de las Catacumbas como legado subversivo del Vaticano II (Norbert Arntz)	111
1. El grupo «Iglesia de los pobres» en el Concilio	112
2. El Pacto de las Catacumbas del 16 de noviembre de 1965	116
3. Efectos político-eclesiásticos y políticos	118

Parte II

TEOLOGÍA DE FONDO: UNA HISTORIA QUE VIENE DE ANTIGUO

1. Un Pacto para seguir a Jesús pobre, caminando con los pobres (José Antonio Pagola)	125
1. Convertirnos al espíritu de Jesús	126
2. Seguir a Jesús pobre caminando con los pobres ...	128
3. La opción concreta por los pobres	133
4. Recuperar el proyecto humanizador del Reino de Dios	136
2. El Pacto de las Catacumbas, «un espejo de pastores». Teología y praxis del ministerio episcopal (Santiago Madrigal).....	141
1. «Que la <i>supelécite</i> (= el ajuar) del obispo sea vil y pobre»	141
2. En la estela del género teológico «espejo de pastores»: el tipo ideal de obispo	143
2.1. « <i>Quien desea obispado, desea buen trabajo</i> » (1 Tim 3,1)	144
2.2. <i>El modelo episcopal de Tomás de Aquino: «Timonel en medio de la tormenta»</i>	<i>146</i>

2.3. <i>El «espejo de pastores» de Bartolomé Carranza</i>	149
3. El ministerio de los obispos en el Concilio Vaticano II	151
3.1. <i>El aggiornamento del modelo episcopal</i>	151
3.2. <i>Bases teológicas del ministerio episcopal</i>	152
4. Conclusión: «La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno»	157
3. Francisco de Asís, un cristiano al estilo del Pacto de las Catacumbas (José Arregi)	161
Introducción	161
1. La Iglesia y los pobres: una panorámica histórica ...	162
2. Albores de un nuevo tiempo	167
3. El pacto de Francisco: «Seguir la vida y la pobreza de Jesús»	170
3.1. <i>«El Señor me condujo entre ellos»</i>	170
3.2. <i>«El Señor me dio hermanos»</i>	172
3.3. <i>«Escribe, hermano León»</i>	175
3.4. <i>Los maestros de París</i>	178
4. Conclusión: ¿qué pacto para hoy?	181
4. El Pacto de las Catacumbas. Una Iglesia que aprende el estilo de Dios (Piero Coda)	183
1. Tres notas de estilo	184
2. Contemplativos de la Palabra y del Pueblo de Dios	187
3. Tres dinámicas para la misión de la Iglesia en el estilo de Dios	190
4. Huellas de un nuevo camino	195

Parte III

UN LUGAR ESPECIAL: EL PACTO EN LA IGLESIA DE AMÉRICA LATINA

1. Iglesia de los pobres. Vaticano II, Medellín, Romero (Jon Sobrino)	201
1. La Iglesia de los pobres, el Concilio y el Pacto de las Catacumbas	202
2. Novedades conciliares, historizadas y potenciadas en la Iglesia de los pobres	206

3. Más allá del Concilio, y sin apoyos. «El pueblo crucificado»	210
2. El Pacto de las Catacumbas y la tradición eclesial liberadora (Agenor Brighenti)	213
1. Los «padres» del Pacto, los mejores «hijos» del Vaticano II	214
2. Protagonistas del Pacto en la génesis de la tradición liberadora	216
3. «Catacumbas»: una metáfora viva	219
4. Saliendo de las catacumbas: Aparecida, un soplo sobre las cenizas	222
5. Un segundo soplo del Espíritu: la elección del papa Francisco	225
6. A modo de conclusión: mensajes centrales del Pacto	228
3. Pacto de las Catacumbas. La «más latinoamericana» de las teologías (Jorge Costadoat)	231
1. El contexto que exige y favorece el nacimiento de una teología latinoamericana	232
1.1. <i>La injusticia social del siglo xx</i>	232
1.2. <i>Despertar de la autoconciencia de la Iglesia latinoamericana</i>	234
1.3. <i>La teología de la liberación como la mayor expresión de una Iglesia adulta</i>	235
2. Una «nueva manera» de hacer teología	236
2.1. <i>Una teología de la historia</i>	236
2.2. <i>Búsqueda de la «más latinoamericana» de las teologías</i>	239
2.3. <i>Núcleo de la teología latinoamericana: el pobre como teólogo</i>	246
3. Conclusión	250
4. Identidad y cambio en la Iglesia latinoamericana. Una reflexión desde el Pacto de las Catacumbas (José de Jesús Legorreta)	253
1. ... Y la Iglesia se hizo latinoamericana (pueblo) ...	255
1.1. <i>Medellín (1968)</i>	256

1.2. <i>Puebla (1979)</i>	257
1.3. <i>Santo Domingo (1992)</i>	259
1.4. <i>Aparecida (2007)</i>	260
2. Iglesia y realidad latinoamericana en un contexto plural y globalizado	263
3. Repensando el Pacto de las Catacumbas de cara al futuro	267
3.1. <i>Identidad y pertenencia eclesial</i>	267
3.2. <i>La opción por los vulnerables, los pobres incluidos</i>	269
3.3. <i>La cara simbólico-real pero incompleta del ser eclesial</i>	272
5. Los pobres en el corazón de Dios y del Pueblo de Dios. Del Pacto de las Catacumbas al papa Francisco (Carlos María Galli)	275
1. Los pobres en el corazón de la Iglesia latinoamericana	276
1.1. <i>La opción por los pobres en la Iglesia latinoamericana</i>	278
1.2. <i>El fundamento cristológico de la opción por los pobres en Aparecida</i>	282
1.3. <i>El papa Francisco y la proyección universal de Aparecida</i>	285
2. La eclesiología misionera y materna de <i>Evangelii gaudium</i>	287
2.1. <i>La alegría del Evangelio en una Iglesia en conversión misionera</i>	288
2.2. <i>El rostro del Pueblo de Dios, una madre de corazón abierto</i>	292
2.3. <i>El Evangelio de la ternura del amor misericordioso</i>	295
3. La opción por los pobres en el corazón del Evangelio	298
3.1. <i>La dimensión social de la evangelización en Evangelii gaudium</i>	300
3.2. <i>La inclusión de los pobres frente a la cultura y los sistemas de descarté</i>	303
3.3. <i>El lugar de los pobres en el corazón de Dios y del Pueblo de Dios</i>	307

Parte IV

UN PACTO MISIONERO: EVANGELIZAR A LOS POBRES, LOS POBRES EVANGELIZAN

1. Ejemplaridad evangélica e Iglesia de los pobres. Pacto de las Catacumbas, una opción de vida (F. Javier Vitoria Cormenzana)	315
1. La «opción por los pobres» y la sacramentalidad de la Iglesia en el siglo XXI	316
2. La ineludible contribución del testimonio de quienes actúan «in persona Christi capitis»	325
2. El Pacto de las Catacumbas. Implicaciones para la misión de la Iglesia (Stephen Bevans)	335
1. Introducción: el Pacto de las Catacumbas, un documento en misión	335
2. Renuncia a la apariencia y la sustancia de la riqueza, en favor de un testimonio creíble	339
3. El ministerio de una Iglesia pobre: la práctica de la justicia	343
4. La misión <i>inter pauperes</i> : trascendiendo el Pacto de las Catacumbas	349
5. Conclusión: «Que Dios nos ayude a ser fieles»	353
3. El Pacto de las Catacumbas y la Iglesia en África (Mary-Noelle Ethel Ezeh)	355
1. Introducción	355
2. Antecedente del Pacto de las Catacumbas: los ideales del Vaticano II respecto a la vida socioeconómica	357
2.1. <i>El destino común de los bienes terrenos</i>	357
2.2. <i>Reforma de estilo de vida</i>	360
2.3. <i>Cambio de estructuras y políticas para beneficiar a los pobres</i>	362
3. El Pacto de las Catacumbas: «mea culpa», «metanoia» y compromiso episcopal	363
3.1. <i>Un estilo de vida sencillo</i>	364
3.2. <i>Liderazgo participativo/colaborativo</i>	365
3.3. <i>Creación de un nuevo orden social</i>	366

4. El reto del Pacto de las Catacumbas para la Iglesia en África	368
5. Actitud respecto a la riqueza y el estilo de vida en un contexto africano	370
6. Actitud respecto a la autoridad y el poder	374
7. Conclusión	376
4. La misión de la Iglesia en una Iglesia india de gente pobre (Virginia Saldanha)	379
1. Comienzo de la misión en la India	380
2. La positiva contribución de la Iglesia católica en la India	381
3. ¿Reto para las instituciones o regalo para la misión?	383
4. Nuestro deficiente entendimiento de la misión	385
5. La nueva visión de la Iglesia respecto a la misión en Asia y particularmente en la India	387
6. Retos que se plantean a la Iglesia india en su camino hacia el Reino de Dios	388
6.1. <i>Convertirse en una Iglesia de los pobres</i>	388
6.2. <i>Devenir una Iglesia inculturada</i>	393
6.3. <i>Participar activamente en las luchas de los pueblos por la justicia, la dignidad y la igualdad</i>	395
7. Conclusión	397
5. El Pacto de las Catacumbas nos habla ahora a nosotros (en China) (Paul Han)	399

Parte V

UN PACTO DE VIDA CRISTIANA: MADUREZ, POBREZA, COMUNIÓN

1. Más allá del Pacto. Iglesia pobre y para los pobres (José Ignacio González Faus)	407
1. El compromiso contraído	408
1.1. <i>Vida personal</i>	408
1.2. <i>Trabajo</i>	409
2. Los apoyos bíblicos	414
3. Conclusión	417

2. Ampliar el Pacto. Raíces y trasfondos igualitarios en el movimiento de Jesús (Mercedes Navarro Puerto)	419
1. La corriente sapiencial de la Biblia Hebrea	422
1.1. <i>La Dama Sabiduría</i>	424
1.2. <i>El legado de Sofía</i>	427
2. La sabiduría y los evangelios	428
2.1. <i>La metáfora-eje de los evangelios</i>	428
2.2. <i>La dimensión sapiencial de Jesús transmitida por los evangelios</i>	431
3. La difícil igualdad del cristianismo primitivo	432
3.1. <i>Las pretensiones de las mujeres</i>	433
3.2. <i>Los contrastes e influencias socioculturales</i>	434
3.3. <i>El camino que nos queda</i>	437
3. Profundizar el Pacto. Espiritualidad y conversión desde los pobres (María Clara Lucchetti Bingemer) ..	439
1. La importancia del papel de Don Hélder Câmara	440
2. Una espiritualidad desde el pobre para toda la Iglesia	444
3. Ser pobre con los pobres: una conversión personal	447
4. Ser pobre sirviendo a los pobres juntamente con todos y todas: una conversión pastoral	450
5. Ayudando a una conversión social y estructural de la sociedad	457
6. Conclusión: una conversión continua por una nueva humanidad	459
4. Un pacto en camino. La espiritualidad fraterna (Barbara P. Bucker)	461
1. Los desafíos del Concilio Vaticano II	463
2. El Espíritu que conduce la Historia	464
5. Un pacto para la vida consagrada. Regresar al Evangelio, preparar el futuro (José Antunes da Silva)	475
1. Desafíos del Pacto de las Catacumbas	475
1.1. <i>Regresar a las fuentes</i>	476
1.2. <i>Los pobres: clave hermenéutica</i>	478
1.3. <i>Vida consagrada en actitud de salida</i>	479
1.4. <i>Muchos rostros, un solo corazón</i>	481

1.5. <i>Cultivar el diálogo</i>	485
1.6. <i>Liderazgo para servir</i>	487
2. Despertar al mundo	489
3. Preparar el futuro	492

Parte VI

TESTIMONIOS

1. Monseñor Leonidas Proaño y el Pacto de las Catacumbas (Nelly Arrobo Rodas)	497
¿Cómo vivió monseñor Proaño este Pacto?	498
2. El obispo Angelelli y el Pacto de las Catacumbas (Luis Miguel Baronetto)	511
 Colaboradores	 515

Presentación

1. Contexto

El año 2015, la Iglesia católica celebra el 50 aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, que ha marcado un hito en su historia dos veces milenaria. Al final de aquel evento, inspirados por lo que se hacía y se decía en el aula conciliar, unos cuarenta obispos de varios países del mundo se reunieron en las catacumbas de Domitila para firmar lo que hoy día se conoce como *El Pacto de las Catacumbas*, un texto y proyecto que expone *La misión de los pobres en la Iglesia*.

Con aquel Pacto, los obispos se comprometieron a caminar con los pobres, siendo no solo una Iglesia para los pobres, sino de los pobres, pues son ellos los que encarnan y realizan la más alta misión del Evangelio. Para lograr ese fin, los obispos decidieron asumir un estilo de vida sencillo, propio de los pobres, renunciando no solo a los símbolos de poder, sino al mismo poder externo, para retomar así, con la ayuda del Dios Trinidad y el Espíritu de Cristo, el primer impulso misionero de la Iglesia en el mundo actual (era el año 1965), marcado por la dura lucha económica y la opresión general de los pobres.

El espíritu del Pacto de las Catacumbas ha guiado algunas de las mejores iniciativas cristianas de los cincuenta últimos años, no solo en América Latina, donde tuvo especial repercusión, sino en el conjunto de la Iglesia católica, de forma que su testimonio (su inspiración y su texto) llegó a convertirse en uno de los signos más influyentes y

significativos del catolicismo del siglo xx. Aquel Pacto sigue siendo hoy tan importante como lo fue en su día, de manera que podemos y debemos recibirlo y propagarlo con más fuerza que en el tiempo del Concilio, aunque no todos los cristianos (individuos y comunidades) lo hayamos acogido con el mismo entusiasmo.

Por eso es bueno aprovechar esta fecha (su cincuentenario) para celebrarlo. Así lo ha sentido el papa Francisco, quien, a través de su palabra y ejemplo de vida, ha puesto de nuevo la opción por los pobres y los marginados en el centro de la vida y el magisterio de la Iglesia, superando todas las vacilaciones que pudieran existir sobre ese tema. En esa línea podemos afirmar que, siguiendo el espíritu del Vaticano II, y del mensaje del papa Francisco, el Pacto de las catacumbas de Domitila puede y debe servir como inspiración y orientación para toda la Iglesia.

Así lo ha sentido, de un modo especial, la Congregación de los Misioneros del Verbo Divino, que no solo son los custodios de las catacumbas de Domitila, donde se firmó aquel Pacto, sino que quieren ser promotores de una misión cristiana realizada desde y con los pobres. En esa línea, sin abandonar la «misión a las gentes» (dirigida a los pueblos todavía no cristianos), debemos asumir de un modo especial, privilegiado, la «misión a los pobres», con el mismo Jesús que vino a evangelizar a los pobres (cf. Lc 4,18-19; Mt 11,3), como ha destacado ese Pacto.

Con esa decisión, al cumplirse los cincuenta años de aquel documento, y de la clausura del Vaticano II, hemos recogido en este libro no solo el texto del Pacto y los nombres de aquellos que lo firmaron, sino algunos trabajos más significativos que ayuden a entenderlo y situarlo en su historia pasada, en su actualidad y en su proyección hacia el futuro. Queremos que aquel Pacto siga ofreciendo una palabra de estímulo para el conjunto de la Iglesia, no solo para los obispos, que fueron y son los primeros responsables de la «misión a los pobres», sino para todos los cristianos comprometidos en la tarea del Evangelio, pensando de un modo especial en las religiosas y los religiosos, a fin de que la vida consagrada pueda actualizar

sus estructuras y su forma de servir a los pobres desde su unión con Cristo, como han venido destacando este año dedicado a ella (2015).

Este libro quiere que se conozca y asuma el don y la tarea del Pacto de las Catacumbas, su contenido y sus repercusiones en la vida de la Iglesia. Por eso hemos querido estudiarlo desde diversas perspectivas (fundamentos bíblicos y eclesiológicos, opción por los pobres, compromiso eclesial y evangelización desde la perspectiva del mundo actual, a los cincuenta años del Concilio Vaticano II), para contextualizar e impulsar su mensaje. Lo hemos hecho con tres fines principales:

1. Conocer y asumir con más decisión el espíritu del Vaticano II y de los compromisos eclesiales celebrados por los obispos en el Pacto de las Catacumbas.

2. Renovar el compromiso que asumió toda la Iglesia para transformar la vida humana y construir un mundo basado en la solidaridad y la justicia, partiendo del Evangelio de los pobres.

3. Reforzar con los «padres» del Pacto del año 1965 la invitación que el papa Francisco nos sigue haciendo (año 2015) para ser una Iglesia pobre, que evangeliza y sirve a los hombres desde su misma pobreza.

El Pacto de las Catacumbas quiso ser el texto y el compromiso concreto de un reducido número de obispos (unos cuarenta), que lo firmaron en su propio nombre, en el contexto del Concilio, pero no en el aula rica del Vaticano, sino en la catacumba pobre de Domitila, en un lugar donde se mantiene viva la tradición de la Iglesia de los perseguidos y marginados de la antigua Roma. Pero esos obispos eran representantes de otros muchos padres del Concilio, quizá unos setecientos, entre los que destacaba el cardenal Giacomo Lercaro, de Bolonia, recordado por su compromiso al servicio de los pobres en la Iglesia. También se puede y debe recordar en ese contexto a los grupos de «cristianos pobres», muchos de ellos vinculados a la memoria de Charles de Foucauld y de los Hermanitos de Jesús, que estaban empeñados en destacar en

el contexto del Concilio la memoria del Cristo de los pobres. Este recuerdo nos permite interpretar el Pacto en una perspectiva no solo episcopal, sino también de historia y teología, abierta a todos los espacios de vida y misión de los cristianos.

Como se verá, hemos querido dividir este libro sobre la misión del Pacto en seis partes, cada una con varios trabajos, precedidos por una breve introducción. Estos son sus temas: 1) El texto del Pacto: sentido y origen. 2) Teología de fondo: una historia que viene de antiguo. 3) Un lugar especial: el Pacto en la Iglesia de América Latina. 4) Un pacto misionero: evangelizar a los pobres, los pobres evangelizan. 5) Un pacto de vida cristiana: madurez, pobreza, comunión. 6) Testimonios.

2. Texto

Pacto de las Catacumbas

(Catacumbas de Domitila, 16 de noviembre de 1965)

El 16 de noviembre de 1965, pocos días antes de la clausura del Concilio, cerca de cuarenta padres conciliares celebraron una eucaristía en las catacumbas de Domitila. Pidieron «ser fieles al espíritu de Jesús», y al terminar la celebración firmaron lo que llamaron El Pacto de las Catacumbas. El «Pacto» es una invitación a los «hermanos en el episcopado» a llevar una «vida de pobreza» y a ser una Iglesia «servidora y pobre» como lo quería Juan XXIII. Los firmantes –entre ellos muchos latinoamericanos y brasileños, a los que después se unieron otros– se comprometían a vivir en pobreza, a rechazar todos los símbolos o privilegios de poder y a colocar a los pobres en el centro de su ministerio pastoral.

Nosotros, obispos, reunidos en el Concilio Vaticano II, conscientes de las deficiencias de nuestra vida de pobreza según el Evangelio; motivados los unos por los otros en una iniciativa en la que cada uno de nosotros ha evitado el

sobresalir y la presunción; unidos a todos nuestros hermanos en el episcopado; contando, sobre todo, con la gracia y la fuerza de nuestro Señor Jesucristo, con la oración de los fieles y de los sacerdotes de nuestras respectivas diócesis; poniéndonos con el pensamiento y con la oración ante la Trinidad, ante la Iglesia de Cristo y ante los sacerdotes y los fieles de nuestras diócesis, con humildad y con conciencia de nuestra flaqueza, pero también con toda la determinación y toda la fuerza que Dios nos quiere dar como gracia suya, nos comprometemos a lo que sigue:

1. Procuraremos vivir según el modo ordinario de nuestra población en lo que toca a casa, comida, medios de locomoción, y a todo lo que de ahí se desprende. Mt 5,3; 6,33s; 8,20.

2. Renunciamos para siempre a la apariencia y la realidad de la riqueza, especialmente en el vestir (ricas vestimentas, colores llamativos) y en los símbolos de metales preciosos (esos signos deben ser, ciertamente, evangélicos). Mc 6,9; Mt 10,9s; Hch 3,6. Ni oro ni plata.

3. No poseeremos bienes muebles ni inmuebles, ni tendremos cuentas en el banco, etc., a nombre propio; y, si es necesario poseer algo, pondremos todo a nombre de la diócesis, o de las obras sociales o caritativas. Mt 6,19-21; Lc 12,33s.

4. En cuanto sea posible, confiaremos la gestión financiera y material de nuestra diócesis a una comisión de laicos competentes y conscientes de su papel apostólico, para ser menos administradores y más pastores y apóstoles. Mt 10,8; Hch 6,1-7.

5. Rechazamos que verbalmente o por escrito nos llamen con nombres y títulos que expresen grandeza y poder (eminencia, excelencia, monseñor...). Preferimos que nos llamen con el nombre evangélico de «padre». Mt 20,25-28; 23,6-11; Jn 13,12-15.

6. En nuestro comportamiento y relaciones sociales evitaremos todo lo que pueda parecer concesión de privilegios, primacía o incluso preferencia por los ricos y por los poderosos (por ejemplo en banquetes ofrecidos o

aceptados, en servicios religiosos). Lc 13,12-14; 1 Cor 9,14-19.

7. Igualmente evitaremos propiciar o adular la vanidad de quien quiera que sea, al recompensar o solicitar ayudas, o por cualquier otra razón. Invitaremos a nuestros fieles a que consideren sus dádivas como una participación normal en el culto, en el apostolado y en la acción social. Mt 6,2-4; Lc 15,9-13; 2 Cor 12,4.

8. Daremos todo lo que sea necesario de nuestro tiempo, reflexión, corazón, medios, etc., al servicio apostólico y pastoral de las personas y de los grupos trabajadores y económicamente débiles y subdesarrollados, sin que eso perjudique a otras personas y grupos de la diócesis. Apoyaremos a los laicos, religiosos, diáconos o sacerdotes que el Señor llama a evangelizar a los pobres y trabajadores, compartiendo su vida y el trabajo. Lc 4,18s; Mc 6,4; Mt 11,4s; Hch 18,3s; 20,33-35; 1 Cor 4,12; 9,1-27.

9. Conscientes de las exigencias de la justicia y de la caridad, y de sus mutuas relaciones, procuraremos transformar las obras de beneficencia en obras sociales basadas en la caridad y en la justicia, que tengan en cuenta a todos y a todas, como un humilde servicio a los organismos públicos competentes. Mt 25,31-46; Lc 13,12-14 y 33s.

10. Haremos todo lo posible para que los responsables de nuestro gobierno y de nuestros servicios públicos decidan y pongan en práctica las leyes, estructuras e instituciones sociales que son necesarias para la justicia, la igualdad y el desarrollo armónico y total de todo el hombre y de todos los hombres, y, así, para el advenimiento de un orden social, nuevo, digno de hijos de hombres y de hijos de Dios. Cf. Hch 2,44s; 4,32-35; 5,4; 2 Cor 8-9; 1 Tim 5,16.

11. Porque la colegialidad de los obispos encuentra su más plena realización evangélica en el servicio en común a las mayorías en miseria física cultural y moral –dos tercios de la humanidad– nos comprometemos:

* a compartir, según nuestras posibilidades, en los proyectos urgentes de los episcopados de las naciones pobres;

* a pedir juntos, al nivel de organismos internacionales, dando siempre testimonio del Evangelio, como lo hizo el papa Pablo VI en las Naciones Unidas, la adopción de estructuras económicas y culturales que no fabriquen naciones pobres en un mundo cada vez más rico, sino que permitan que las mayorías pobres salgan de su miseria.

12. Nos comprometemos a compartir nuestra vida, en caridad pastoral, con nuestros hermanos en Cristo, sacerdotes, religiosos y laicos, para que nuestro ministerio constituya un verdadero servicio. Así,

* nos esforzaremos para «revisar nuestra vida» con ellos;

* buscaremos colaboradores para poder ser más animadores según el Espíritu que jefes según el mundo;

* procuraremos hacernos lo más humanamente posible presentes, ser acogedores;

* nos mostraremos abiertos a todos, sea cual fuere su religión. Mc 8,34s; Hch 6,1-7; 1 Tim 3,8-10.

13. Cuando regresemos a nuestras diócesis daremos a conocer estas resoluciones a nuestros diocesanos, pidiéndoles que nos ayuden con su comprensión, su colaboración y sus oraciones.

Que Dios nos ayude a ser fieles.

3. Firmantes¹

No hay una lista oficial de los 39 obispos que estuvieron en la celebración de la misa en las catacumbas de Domitila el 16 de noviembre de 1965, cuando firmaron *El Pacto de las Catacumbas*. Querían tener una celebración discreta lejos de la prensa, con algunos obispos (originalmente se suponía que serían solo unos veinte), para evitar que su gesto de sencillez y compromiso fuera interpretado como una «lección» a los otros obispos. Tanto es

¹ Fuente: P. José Óscar Beozzo, 29.06.2009: <http://nucleodememoria.vrac.puc-rio.br/site/dhc/textos/beozzocatacumbas.pdf>.

así que la primera noticia de la celebración solo apareció en una nota de Henri Fesquet en el diario *Le Monde*, más de tres semanas más tarde, en la clausura del Consejo el 8 de diciembre de 1965, bajo el título «Un groupe d'évêques anonymes s'engage à donner le témoignage extérieur d'une vie de stricte pauvreté» («Un grupo anónimo de obispos se compromete a dar testimonio externo de una vida de estricta pobreza»; cf. Henri Fesquet, *Journal du Concile*, Forcalquier, París 1966, pp. 1110-1113). La noticia no mencionó nombres, pero entre los papeles de Mons. Charles Marie Himmer, obispo de Tournai, Bélgica, que presidió la concelebración de la mañana y dirigió la homilía, existe una lista de los que participaron.

Brasil

Don Antônio Fragoso (Crateús-CE)
 Don Francisco Mesquita Filho Austregésilo
 (Afogados da Ingazeira, PE)
 Don João Batista da Mota e Albuquerque,
 arzobispo de Vitória, ES
 P. Luiz Gonzaga Fernandes, que había de ser
 consagrado obispo auxiliar de Vitória
 Don Jorge Marcos de Oliveira (Santo André-SP)
 Don Hélder Câmara, obispo de Recife
 Don Henrique Golland Trindade, OFM,
 arzobispo de Botucatu, SP
 Don José Maria Pires, arzobispo de Paraíba, PB

Colombia

Mons. Tulio Botero Salazar, arzobispo de Medellín
 Mons. Antonio Medina Medina,
 obispo auxiliar de Medellín
 Mons. Aníbal Muñoz Duque,
 obispo de Nueva Pamplona
 Mons. Raúl Zambrano, de Facatativá
 Mons. Angelo Cuniberti,
 vicario apostólico de Florencia

Argentina

Mons. Alberto Devoto, de la diócesis de Goya
 Mons. Vicente Faustino Zazpe,
 de la diócesis de Rafaela

Mons. Juan José Iriarte de Reconquista
Mons. Enrique Angelelli, obispo auxiliar de Córdoba

Otros países de América Latina

Mons. Alfredo Viola,
obispo de Salto (Uruguay) y su auxiliar
Mons. Marcelo Mendiárat,
obispo auxiliar de Salto (Uruguay)
Mons. Manuel Larraín, de Talca en Chile
Mons. Gregorio McGrath Marcos, de Panamá
(Diócesis de Santiago de Veraguas)
Mons. Leonidas Proaño, en Riobamba, Ecuador

Francia

Mons Guy Marie Riobé, obispo de Orleans
Mons Gérard Huyghe, obispo de Arras
Mons. Adrien Gand, obispo auxiliar de Lille

Otros países de Europa

Mons. Charles Marie Himmer,
obispo de Tournai, Bélgica
Mons. Rafael González Moralejo,
obispo auxiliar de Valencia, España
Mons. Julius Angerhausen,
obispo auxiliar de Essen, Alemania
Mons. Luigi Bettazzi, obispo auxiliar de Bolonia

África

Don Bernard Yago, arzobispo de Abiyán,
Costa de Marfil
Mons. José Blomjous, obispo de Mwanza,
en Tanzania
Mons. Georges Mercier, obispo de Laghouat
en el Sahara, África

Asia y América del Norte

Mons. Hakim, obispo melquita de Nazaret
Mons. Haddad, obispo melquita,
auxiliar de Beirut, Líbano
Mons. Gérard Marie Coderre,
obispo de Saint Jean de Quebec, Canadá
Mons. Charles Joseph van Melckebeke,
de origen belga, obispo de Ningxia, China

Introducción

HEINZ KULÜKE

Hace algunos años recibí una invitación para dar una charla a un grupo de hermanas misioneras en Cebú, Filipinas, sobre nuestro trabajo social y pastoral. Amablemente decliné esa invitación. Pero invité a las hermanas a venir a visitar las zonas donde vivían los pobres con los que nosotros trabajábamos entonces, para que pudieran conocerlos y aprender de ellos, o, simplemente, para ver las diferentes situaciones con sus propios ojos. Empezamos con una visita a los vertederos y luego, en meses posteriores, nos reunimos con gente que vivía en la calle y en zonas de prostitución.

Inicialmente fueron las condiciones de vida y de trabajo extremadamente sórdidas, la suciedad y la fetidez, y el gran número de mujeres y niños que las sufrían, lo que tocó los corazones de las religiosas. Pero, también desde el principio, ellas experimentaron la sincera cordialidad, confianza, simpatía, sencillez, hospitalidad, atención, cálida acogida y alegría natural que los pobres compartían con sus visitantes.

El primer encuentro con la gente de los vertederos dejó en las hermanas una impresión duradera, algo que una charla nunca habría logrado. Ellas empezaron a volver cada fin de semana, y cada vez en mayor número. También las hermanas de más edad se sumaron al «nuevo empeño», como llamaban a su actividad de los sábados por la tarde. Habían oído hablar de ella a las jóvenes y querían experimentarla personalmente. No pasó mucho

tiempo sin que se añadieran personas amigas de las hermanas, que también deseaban ver aquello con sus propios ojos. Se trataba de un lugar donde no solo se podía dar y compartir, sino también aprender. Hasta el día de hoy, las hermanas siguen con aquellos marginados.

Los efectos no previstos de aquel episodio son numerosos. El número de amigos de las hermanas se ha incrementado. Los pobres se han convertido en una parte esencial de las conversaciones diarias de las hermanas, ya que están presentes en sus preocupaciones, proyectos, programas formativos, fe, liturgia y oraciones. Además, los pobres nos han unido de nuevo a nosotros –Misioneros del Verbo Divino, Misioneras Siervas del Espíritu Santo y compañeros laicos de misión– en una relación de entrega y de trabajo. Ahora tenemos algo importante de que hablar cuando nos encontramos, no solo de nosotros mismos. Juntos identificamos los problemas y les buscamos soluciones, y juntos también ideamos, implementamos y evaluamos nuestros proyectos. El buen ejemplo de las hermanas nos ha inspirado e inspira todavía a muchos de nosotros y de nuestros compañeros laicos de misión. El encuentro con los que están en los márgenes se ha convertido en una bendición auténtica. Donde Dios ha encontrado su morada, también nosotros podemos encontrar un nuevo lugar donde estar y un nuevo sentido.

Recuerdo esa experiencia ahora que celebramos el quincuagésimo aniversario del Pacto de las Catacumbas, un compromiso de estar más cerca de los pobres, firmado por un grupo de obispos. Entre las diversas iniciativas que se han organizado para celebrar los cincuenta años del Pacto está la publicación del presente libro. Esto ocurre en el contexto de dos importantes acontecimientos en la Iglesia: el cincuentenario de la clausura del Concilio Vaticano II y la celebración del Año de la Vida Consagrada.

El Vaticano II ha sido un hito en la historia reciente de la Iglesia católica. El Concilio ofreció orientaciones y directrices para renovar la Iglesia, haciéndola más cercana a la vida de la gente y más atenta a los desafíos del

mundo; propuso una renovación de la vida cristiana inspirada en el Evangelio. Movidos por lo que estaba aconteciendo y por lo que se había dicho durante las sesiones conciliares, ya hacia el final del Concilio cuarenta obispos de todo el mundo firmaron un compromiso en las catacumbas de Domitila, conocido como el «Pacto de las Catacumbas». Con este gesto, los obispos prometieron estar con los pobres y ser una Iglesia pobre que sirve a los pobres llevando un estilo de vida sencillo y prescindiendo de los símbolos de poder.

Con la convocación del Año de la Vida Consagrada, el papa Francisco ha querido proponer de nuevo a la Iglesia en su conjunto la belleza y el valor de esta forma especial de discipulado de Cristo. Ha renovado la llamada a despertar al mundo e iluminarlo con nuestro testimonio profético y contracultural. En la carta dispuesta para esta ocasión, el Papa escribe: «Espero que “despertéis al mundo”, porque la nota que caracteriza la vida consagrada es la profecía. [...] El profeta conoce a Dios y conoce a los hombres y mujeres, sus hermanos y hermanas. Es capaz de discernir, y también de denunciar, el mal del pecado y las injusticias; porque es libre, no debe rendir cuentas a más amos que a Dios, no tiene otros intereses que los de Dios. El profeta está generalmente de parte de los pobres y los indefensos, porque sabe que Dios mismo está de su parte»¹. Celebrar el Pacto de las Catacumbas es un modo de renovar el compromiso de las religiosas y los religiosos con la dimensión profética de su misión y vocación. En línea con el espíritu del Vaticano II, esto puede ser hoy muy inspirador para toda la Iglesia católica.

El Pacto de las Catacumbas nos pone en contacto con lo esencial de nuestra fe, con la sencillez del Evangelio. Es verdad que el Pacto ha permanecido desconocido durante muchos años para la mayor parte de la Iglesia, ya que solo una pequeña minoría guardaba recuerdo de él. Por fortu-

¹ Papa FRANCISCO, *Carta apostólica a todos los consagrados, con ocasión del Año de la Vida Consagrada*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2014.

na, recientemente ha sido divulgado. El Pacto es como una gema escondida recién sacada a la luz. Pero, a diferencia de los tesoros de la investigación arqueológica, el Pacto de las Catacumbas tiene poca utilidad conservado en un museo para su admiración por los amantes de los objetos antiguos. Cuando leo su texto, algunas preguntas me vienen a la mente. ¿Qué hacer con este tesoro redescubierto, enterrarlo de nuevo o, por el contrario, hacerlo «rentable»? (cf. Lc 19,11-26). ¿Qué relevancia puede tener para el futuro un documento que existe desde hace unos cincuenta años, y que probablemente no alcanzó la repercusión que se deseaba y se preveía? ¿Han cambiado los tiempos de manera que ahora pueda tener un mayor impacto?

Además de hacer el Pacto de las Catacumbas conocido por círculos más amplios, la publicación de este libro pretende contribuir a que reviva el espíritu del Vaticano II, renovando el compromiso de la Iglesia entera por la transformación del mundo, reforzando la invitación del papa Francisco a lograr una Iglesia pobre al servicio de los pobres y contextualizando el mensaje del documento para la Iglesia de hoy. Ahora que celebramos el cincuentenario del Pacto, necesitamos hacer que este florezca en nuevos proyectos, nuevos caminos de vida y fraternidad, en vidas puestas al servicio de los pobres, en políticas que produzcan justicia y paz. Pienso que también podríamos desarrollar lo que no aparecía estipulado de manera explícita en el documento cuando fue firmado, debido a su contexto histórico, pero que se podía prever fácilmente. Por ejemplo, el papel de las mujeres en la Iglesia y en la sociedad, la armonía con la creación, la protección ambiental, la profecía como actitud alternativa, la crítica del consumismo, la lucha contra la corrupción, etc.

Las catacumbas de Domitila pertenecen a la Santa Sede, pero, en 2009, fueron confiadas al cuidado de la Sociedad del Verbo Divino. El hecho de tener bajo nuestra custodia estas particulares catacumbas nos ha brindado la oportunidad de reforzar nuestro compromiso como misioneros al servicio del Reino de Dios. La visión y las ideas puestas de relieve en el Pacto están muy en concor-

dancia con la perspectiva y la misión de nuestra Sociedad. A raíz de nuestro último Capítulo General (2012) adoptamos el lema: *missio inter gentes – poniendo a los últimos primero*. Miles de peregrinos y turistas visitan este lugar santo. Tener a nuestro cuidado las catacumbas de Domitila es una oportunidad para dar a conocer el Pacto y comprometernos nuevamente con la visión misionera de nuestra Sociedad.

El papa Francisco nos recuerda en la *Evangelii gaudium* que «tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales» (EG 180). Además, cada comunidad «está llamada a ser instrumento de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone que nos mantengamos dóciles y atentos a escuchar el clamor del pobre y socorrerlo» (EG 187). El papa Francisco también escribe que quiere «una Iglesia pobre y para los pobres» (EG 198). Los obispos que hace cincuenta años firmaron el Pacto de las Catacumbas tenían el mismo sueño y pensamiento respecto a ella. Que su compromiso y sus palabras proféticas nos sirvan de inspiración, y tratemos de poner nuestras vidas al servicio de los más vulnerables y marginados.

Este libro tiene tres temas básicos: historia y contexto del Pacto, sus fundamentos teológicos y su influjo actual, especialmente para la vida y misión de la Iglesia. Deseo que sus páginas ayuden al lector a familiarizarse con el Pacto de las Catacumbas, recibir su mensaje y meditar sobre su contenido. Además puede servirnos de faro y guía en nuestra misión. Creo, en suma, que el Pacto de las Catacumbas puede conducirnos de vuelta a los fundamentos de ella, así como a la importante percepción de que no solo los pobres necesitan a la Iglesia y a los religiosos, sino que también la Iglesia y los religiosos necesitan a los pobres. Podría ser como un pacto de unión entre Dios, los pobres y los clérigos/religiosos en una relación fuente de vida.

Traducido del inglés por Serafín Fernández Martínez

Parte I

EL TEXTO DEL PACTO: SENTIDO Y ORIGEN

Como es de rigor, este libro comienza con cuatro estudios de tipo introductorio, sobre el pacto en sí, como documento concreto, que ha surgido en un tiempo y lugar determinados.

El primero es de Mons. Luigi Bettazzi, el más conocido de los obispos firmantes del Pacto que aún viven. Había nacido el año 1923, y en 1963 fue nombrado auxiliar del cardenal Lercaro, arzobispo de Bolonia, promotor del movimiento de la «Iglesia de los pobres». Su trabajo es importante como testimonio personal y como la mejor introducción que hoy puede escribirse sobre el contexto, origen y sentido del Pacto de las Catacumbas, desde su propia perspectiva histórica y pastoral. Es un honor que este libro pueda comenzar con su aportación.

El segundo es de X. Pikaza, y analiza el contenido y el alcance del texto partiendo de sus citas bíblicas, y de esa forma lo sitúa en el contexto de la historia de la Revelación cristiana, tal como ha sido fijada en la Escritura e interpretada por la tradición de la Iglesia. De un modo especial define el principio y el alcance del Pacto analizando el contenido de sus 34 citas bíblicas, y ofrece una visión general del sentido de la pobreza en el Nuevo Testamento.

El tercer trabajo es de J. Planellas, y analiza con mucho rigor el origen y la finalidad del texto, estudiando el influjo de sus artífices directos, que fueron los representantes del

«grupo de los pobres», con su fuerte presencia en el despliegue del Vaticano II. El Concilio no elaboró un documento sobre el don y la tarea de la pobreza en la Iglesia, ni le dedicó una parte significativa en alguno de sus grandes textos. Pero los padres conciliares de ese grupo fijaron en este Pacto su visión de la pobreza en la Iglesia.

El cuarto trabajo es de N. Arntz, y sitúa el Pacto de las Catacumbas en el contexto de los impulsos teológicos y sociales que atravesaban la vida de la Iglesia en los años de celebración del Concilio. Pone de relieve la aportación de Hélder Câmara y, sobre todo, las implicaciones que el Pacto tuvo en el despliegue posterior de la Iglesia en América Latina, destacando las dificultades que el espíritu del Pacto encontró en la historia posterior de la Iglesia, y la necesidad de actualizarlo tanto en un plano personal y eclesial como social.

1

Iglesia de los pobres

LUIGI BETTAZZI

1. La Iglesia de los pobres en el Concilio: los comienzos

«La Iglesia se presenta tal cual es y quiere ser, como la Iglesia de todos y en particular la Iglesia de los pobres». La frase, pronunciada por Juan XXIII el 11 de septiembre de 1962 (un mes antes del comienzo del Concilio Vaticano II), pasó inobservada a la opinión pública, pero había sido ilustrada por el mismo pontífice, a la luz de la gran encíclica *Mater et magistra*, como una «afirmación rigurosa, deber de todo hombre, deber imperioso de todo cristiano [...] considerar lo superfluo con la medida de la necesidad de los demás, y estar muy atentos para que los bienes creados se dispongan de modo que beneficien a todos. A esto se le llama difusión del sentido social y comunitario, que es inmanente en el cristianismo auténtico». La atención a las expectativas del mundo, sobre todo de aquel de los más pobres, de los más necesitados, de las naciones en vías de desarrollo, constituyó una orientación para la primera sesión del Concilio.

En el *Saludo de los obispos al mundo* ya estaba presente esta llamada, que se hizo aún más urgente por la experiencia de los obispos que procedían de las regiones del mundo más pobres y más necesitadas de desarrollo: «Reunidos aquí desde toda nación que existe bajo el cie-

lo, llevamos en nuestros corazones las ansiedades de todos los pueblos que se nos han confiado, las angustias del alma y del cuerpo, los dolores, los deseos, las esperanzas. Dirigimos continuamente nuestro aliento hacia todas las angustias que afligen hoy a los hombres; por eso, ante todo, nuestras atenciones se dirigen hacia los más humildes, los más pobres, los más débiles. A ejemplo de Cristo, sentimos piedad por la muchedumbre que sufre el hambre, la miseria, la ignorancia, constantemente orientados hacia aquellos que, careciendo de las ayudas necesarias, no han llegado aún a tener un modo de vida digno del ser humano... En efecto: «si uno tiene las riquezas de este mundo y viendo a su hermano que pasa necesidad le cierra el propio corazón, ¿cómo morará en él el amor de Dios? (1 Juan 3,17)».

El tema de la pobreza estuvo presente también en las intervenciones de los padres ya desde la discusión sobre la sagrada liturgia. Es más, podría verse cómo poco a poco la reflexión sobre la pobreza, sobre el ideal y la llamada de la *Iglesia de los pobres*, fue encontrando cada vez más sus razones teológicas y bíblicas profundas. Partiendo de que Cristo quiso ser pobre y de que proclamó el espíritu de pobreza como la primera de las bienaventuranzas, se extrajo el motivo para exhortar a la sencillez en el culto de la Iglesia, abandonando el exceso espectacular que en otros tiempos podía parecer mejor como búsqueda de la dignidad y de la honra dadas a Dios. Así, el obispo chileno Larrain subrayaba que al ser la liturgia «memorial del misterio pascual, cumbre de la vida de Jesús», debía estar «totalmente marcada por una pobreza clara y verdadera, también en la belleza... Que el cuerpo místico de Cristo se realmente la Iglesia de los pobres, no solo en el deseo sino en los hechos, no solamente en la predicación sino en los actos, en las manifestaciones y en el modo de vivir de sus ministros: he aquí la misión de los pastores. No son únicamente los paramentos y las vestiduras litúrgicas lo que debe expresar mejor el Evangelio, sino todos los hábitos y el comportamiento de los ministros de la Iglesia, según la bella pobreza de Jesucristo».

Pero fue en la discusión del esquema sobre la Iglesia en donde el tema de la pobreza, de la *Iglesia de los pobres*, de la simplicidad de la Iglesia como fidelidad a su naturaleza y como medio eficaz para la evangelización del mundo, fue presentado sobre todo por el cardenal Giovanni Battista Montini, arzobispo de Milán, y por el cardenal Giacomo Lercaro, arzobispo de Bolonia (que se orientaba por el consejo del sacerdote Giuseppe Dossetti, su teólogo personal). La intervención más significativa fue la del cardenal Lercaro, porque, mientras subrayaba el misterio íntimo de la Iglesia como el «gran sacramento de Cristo», del Verbo de Dios que se revela, habita, vive y trabaja entre los hombres, se remitía a la definición del papa Juan XXIII para decir que «el misterio de Cristo en la Iglesia es siempre, pero sobre todo hoy, el misterio de Cristo en los pobres, pues la Iglesia es efectivamente Iglesia de todos, pero especialmente *Iglesia de los pobres*».

Al subrayar esta llamada y al lamentar que no se hubiera tenido debidamente presente en los varios esquemas, el cardenal Lercaro resaltaba que la revelación esencial y primordial del misterio de Cristo fue un aspecto anunciado por los profetas como signo auténtico de la consagración mesiánica de Jesús de Nazaret, un aspecto manifestado por el nacimiento, la infancia, la vida oculta y el ministerio público de Jesús, un aspecto que es la ley-fundamento del Reino de Dios, que imprime su marca a toda efusión de gracia y a la vida de la Iglesia, desde la comunidad apostólica hasta las épocas de más intensa renovación interior y de fecunda expansión exterior de la Iglesia, y que será finalmente sancionado por el Padre con la recompensa o el castigo en el momento de la gloriosa venida del Hijo de Dios al final de los tiempos.

El cardenal Lercaro desarrolló ulteriormente esta temática bíblica en discursos posteriores, pronunciados también públicamente a grupos de obispos, recordando la bienaventuranza evangélica reservada a los pobres. Con este término entendía ante todo el sentido religioso y las condiciones morales de quien está desprovisto de los bienes terrenos. Vinculándola con las otras bienaven-

turanzas reservadas a los niños y a los pecadores, comentaba: «Dios se complace en dar sus dones a aquellos que son juzgados menos dignos por los hombres. La lección de esta enseñanza no es directamente moral, sino teológica: las preferencias de Dios se dirigen a los seres que desde el punto de vista humano están más desventajados, precisamente porque la entrada en el Reino de los cielos no se presenta como una recompensa. Más bien es una enseñanza sobre la misericordia absolutamente gratuita de Dios, que se complace en dar la salvación a aquellos que, conscientes de ser indignos, la recibirán como un don de su misericordia. No se habla de las disposiciones morales que deben tener los pobres, sino del hecho de que Cristo fue enviado para consolarlos».

Al presentar de manera más completa los motivos teológicos de la *Iglesia de los pobres*, el cardenal Lercaro destacaba también su particular actualidad: «Nos encontramos, en efecto, en una época en la que, en comparación con otras, los pobres parecen estar menos evangelizados y sus almas parecen estar lejos y ser ajenas con respecto al misterio de Cristo en la Iglesia; una época, sin embargo, en la que el espíritu de los hombres exige e investiga con interrogantes angustiados, casi dramáticos, el misterio de la pobreza y las condiciones de los pobres, de todo individuo, pero también de los pueblos que viven en la miseria, y, aun así, toman conciencia por primera vez de sus derechos; una época en la que la pobreza de la gran mayoría (dos tercios de la humanidad) es ultrajada por las riquezas inmensas de una minoría, en la que la pobreza inspira a las masas un horror cada día más grande y en la que el hombre carnal conoce la sed de las riquezas».

Recordado así el valor teológico y actual (también en el plano ecuménico) del tema de los pobres, el cardenal Lercaro pedía no tanto que la evangelización de los pobres se añadiera como algo ulterior del Concilio, sino que iluminara todos los argumentos que llegarían a ser tratados. Es decir, solicitaba que se desarrollara la doctrina evangélica de la santa pobreza de Cristo en la Iglesia, que se subrayara la dignidad eminente de los pobres en cuan-